

nos..... puntos son que ni quitan ni ponen. Hoy Colmenar pisa las alfombras de Palacio, es gentilhombre de casa y boca, y se sabe de memoria las precocísimas espontaneidades del gracioso Reyecito, lo mismo que antes repetía y comentaba las felices salidas y los oportunos juicios del malogrado monarca á quien había servido activamente en la penumbra. Para un almuerzo de confianza, otros convidados menos agradables que Colmenar se han visto. Como que estaba al tanto de la vida y milagros de toda la corte no celestial, y de bastantes menudencias político-chismográficas. Un solo defectillo se advierte en Colmenar, defecto que al aire libre no molesta, pero que, bajo techado, es un castigo. "La verdad—exclama el Duque así que Colmenar vuelve la espalda—á éste no digo yo que no le hiciese gentilhombre de casa; pero de boca..... ¡como primero no fuese á dragársela y á limpiarse los fondos con el mejor dentista.....!" Y apenas Colmenar aparece, ya está don Gaspar sacando del bolsillo un amplio pañuelo con gotas de Rimmel, y ofreciendo al taurófilo una fuerte pastilla de menta, en tono coercitivo.

III

CENTELLITAS

LA conversación prorrumpió con ciertas observaciones, entre encomiásticas y críticas, que hizo el Duque á la lista de platos. Sin meterse en si es ó no elegante consultar esa cartulina—golosos y glotones de altísima escuela afirman que conocer la lista de antemano es cohibir el ensueño gastronómico y además poner en duda la infalibilidad del jefe—don Gaspar nunca perdonaba el *menú*: servíale de guía para hacer ciertas concesiones al método que los facultativos le mandaban seguir, temerosos de que la gota subiese de las extremidades á los focos de la vida. Cuando se quejaba—con efusión y verbosidad de egoísta, que impone á los demás lo que á él solo interesa—don Servando Tranquilo, siempre chancero, citaba con énfasis:

«Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.....»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1625 MONTERREY, MÉXICO

Bien había pecado por el estómago el Duque, merecedor de largo ayuno en el círculo dantesco.—Mientras ponía en las nubes los huevos á la rusa, revueltos con caviar—receta de Mirovitch, el secretario de la Embajada—Boltaña se descolgó protestando de que ni con caviar ni con gloria divina tragaba él á las rusas; y como, efectivamente, las diplomáticas moscovitas de la colonia veraniega no eran cosa de gusto, rió Colmenar y sonrió benévola y don Servando. Mauricio, ceñudo, desganado, ni atendió ni quiso servirse. Procedía su mal humor de que él prefería esperar á su mujer aunque fuese hasta las dos de la tarde; no era comilón, y la impaciencia le quitaba el ya escaso apetito. El Duque le interpeló.

—Porque te dejes morir de hambre, cabeza de estudio, no añades carbón el maquinista..... Pues si fuésemos á sujetarnos á las horas del tren..... esta casa sería la fonda de la estación. Las señoras, hace más de una semana en Biarritz, á vueltas con los trapos; el sobrinito siempre amagando llegar y no llegando nunca.....

—¿Has tenido carta, papá?—preguntó con interés Borrromeo.

—Desde la última de París..... ¡Una quincena de fecha! ¡Bah! Que venga cuando le dé la ventolera..... Así como así....

—La mía es más reciente—dijo Borrromeo.—Del 11, y estamos á 16..... No fijaba día.

—¡Naturalmente!—declaró el hípico, que en sacándole de su especialidad, no decía sino pa-

tochadas.—¡Que suelten en París á un muchacho con *guita* y al momento se recoge al hogar paterno de su tío!

—Estará en París como el ratón en el queso—corroboró D. Servando.

—Tan ricamente—asintió Colmenar.

—Pues no saben ustedes lo que se pesca—replicó Borrromeo, que generalmente desestancaba la bilis disputando con los convidados, ninguno santo de su devoción.—Confunden ustedes á Pedro con los niños de la goma. Se les figura que estraga en París la vida y despabila el dinero, como harían los monines que conocemos todos. Lo menos creen ustedes que se pasa las horas muertas admirando el rabo de un potro, ó tirando de la oreja á Jorge en algún club.....

Al hablar así, Borrromeo fijó en la cara de su hermano los ojos negrísimo, y recogió y saboreó rápida expresión de sufrimiento.

—Pedro—continuó con vehemencia—les va á dejar á ustedes turulatos. Les parecerá un bicho raro..... Van ustedes á presumir que viene de otro planeta. No acertarán á comprenderle..., porque es... ¡un hombre!

Con entonación insolente Boltaña profirió:

—¿Y qué somos los demás, sabandijas?

—Tú..... eres centauro—repuso prontamente Borrromeo.—Para encontrarte cabal necesitas cuatro patas y cola.

—¡Anda, venenoso!—refunfuñó el *gentleman rider* entre dientes, sin saber si debía enojarse de veras.

—Clasifíqueme usted, Vizconde—suplicó re-
posadamente D. Servando Tranquilo.

—Usted.....? pero si ya estaba usted classifica-
do, ¡y por Linneo! Es usted rana..... de brillan-
tes y esmalte verde. ¡Qué honor! En la colec-
ción zoológica del guardajoyas de una dama,
que tiene un arca de Noé de pedrería, figura
usted entre los batracios..... Algunos aseguran
que usted no es rana; pero la mayoría está con-
tente en que sí. No ha ascendido usted á lagar-
to. Se espera que antes le promuevan á bo-
rrago.....

Después de andanadas por este estilo, Genti-
leza se quedaba algo aliviado; en cambio el
Duque, que se creía único poseedor del dere-
cho de arañar, y realmente no arañaba tan san-
griento, lanzaba á su hijo una ojeada fulminan-
te, y cambiaba el giro de la conversación, ge-
neralmente en tono desdeñoso para Borromeo.

—A ver, sabiondo—articuló remedando el
cadencioso tonillo de los actores que represen-
tan papeles de chulos,—entéranos de por qué
el Niño es todo un hombre y los demás, por lo
visto, bichos del Museo..... Señores—añadió,
recobrando su natural pronunciación, castella-
na fina y correcta,—la verdad es que mi sobri-
no, con tanto estudiar y tantos requilorios
y exquisiteces, de juro tendrá la cabeza lo
mismo que un bombo americano. Sabe Dios
si á fuerza de libros me le han vuelto tonto de
remate.... (Esto de la tontería pegada por los
libros era para don Gaspar artículo de fe.)
De cuantos sabios conozco, sólo no es pedante

Cánovas..... En fin, no es culpa mía si el Ni-
ño... Debe de venir lleno de aprensiones y de
manías contra todo lo de su tierra.

—Error craso.....—interrumpió Borromeo.

—Error obeso se dice. Sé bien hablado—ad-
virtió Boltaña, con una risotadita.

—Obeso, adiposo ó como te dé la gana, Cer-
vantes..... Entérense de que Pedro, al contra-
rio, siempre me escribe que sueña con España,
que es su mayor ilusión vivir aquí, y que se
creerá en el quinto cielo cuando lo realice.

—¿Y por qué no lo ha realizado ya?—objetó
don Servando.—Supongo que no está senten-
ciado á extrañamiento.....

—Pues lo estaba—advirtió el Duque.—¿Qué
quieren ustedes? Cosas de mi hermana Anita,
que fue mujer de gran talento, ¡eso sí!, pero
rara..... Dios nos asista si el chico sale á su
mamá. Como ella y yo quedamos huérfanos tan
chicos, Anita cayó en poder de una famosa aya
irlandesa, que vino recomendada á O'Donell y
que él nos metió en casa..... Se alababa de pa-
rienta del General: familia antigua. Pues mi
Anita tanto se encariñó con la *Odónela*, que al
casarse con don Pedro Arbués Niño de Guz-
mán y Leiva,—de la misma pata derecha del
Cid, y rico, pero señorón ya tallado,—se llevó
á Sevilla á su miss ¡Miau! indispensable y allí
la tuvo consigo como tendría á una madre, has-
ta que se murió de vieja..... Nace este chico y
¡claro!, la papilla debió de dársela miss ¡Miau!
que también le zagalearía.

Riéronse todos, excepto Mauricio, que no

quitaba ojo al característico reloj de bronce y mármol, donde el Tiempo, inflexible, alzaba su guadaña y empuñaba su clepsidra. Las dos menos veinte, y el tren llegaba á las dos y cinco..... ¡Todavía, entre unas cosas y otras, media hora lo menos!

—Anita—prosiguió don Gaspar,—así que se quedó viuda, se marchó con el unigénito á Inglaterra. Claro: ¡aquél clima infernal! Casi inmediatamente una pleuresía..... y al otro mundo. Yo iba á hacer lo natural, señores; traerme á casa al chico, que estaría en sus nueve años.... Cátate que se abre el testamento de mi hermana, y nos encontramos unas disposiciones perentorias, que el nene se educase fuera de España hasta los veinticinco y que dirigiese su educación un cuñado de la Odónela, un irlandés estrafalario que por poco entra jesuita..... Cumplimos religiosamente los deseos de la madre. Entre colegios británicos y Universidades germánicas y ese ayo tan elevado á la raíz cuadrada de lo sublime, buena le habrán puesto la chola á mi sobrino. Eso sí, dicen que rema, que boxea, juega al *foot* y al polo y hace todas esas hazañas de mozo de cuerda, que ahora son moda. Aquí, si tiene puños, le enseñaremos á derribar; ¡por vida de los apóstoles! A los veintitrés podía haberse venido ya; era dueño de su caudal y de su personita..... Se lo escribí. No quiso. Había de cumplir el programa de su madre..... Diga lo que diga ese termómetro sin azogue—añadió el Duque, señalando á Borromeo,—las ganas de venir á Es-

paña no deben de sobrarle. En Julio hizo los veinticinco; estamos ya en Septiembre..... Se ha entretenido en Bélgica y Holanda, después en París. ¡Vendrá por la Pascua.... ó por la Trinidad!

—¿Qué apuestan ustedes á que no tarda ni ocho días?—porfió Borromeo.

—¿Te lo ha escrito? Porque entonces, no apuesto.....

—No; repito que no señalaba fecha..... Tengo presentimiento. Veremos si me engaño.

Encogióse de hombros Boltaña, que no creía en presentimientos ni cosa que se parezca; alzó más las melancólicas cejas el Duque; y don Ser vando — rompiendo el pasajero silencio que coincidía con la aparición gloriosa del jamón en salsa de trufas al madera, dulce y cruel tentación para don Gaspar, que solía expiar la flaqueza de disfrutarlo con rabiosas dentelladas en las articulaciones de los pies—preguntó en el tono que en sociedad se emplea para aparentar interés por lo que realmente nos tiene sin cuidado:

—¿Y el Niño..... va á vivir con ustedes?

No fue el Duque, sino Mauricio, quien, desde lo alto de su entrecejo, se apresuró á decir:

—Imposible..... Aquí en San Sebastián, no digo; pero en Madrid, ya ve usted; para un muchacho, la vida de familia sería una sujeción.....

—¡Bah! ¡La vida de familia que se hace en casa! ...—objetó malignamente Borromeo.

—¿Querías que nos pasásemos las noches al-

rededor de la camilla, jugando á la lotería de cartones?—saltó Mauricio.

—No, si ya sé que esos juegos no te divierten —replicó incisivamente Gentileza.

Esta vez, la ojeada sombría del padre fue para el primogénito. La alusión del menor le despertaba desagradables reminiscencias de pagos recientes. A fin de consolarse condescendió con la gula, sirviéndose firme ración del aromático plato, cuyas emanaciones le cosquilleaban voluptuosamente en la nariz y le humedecían y estremecían el paladar; y, trinchando despacio, murmuró:

—Yo no me opongo á tener conmigo al hijo de Anita; pero realmente, estando en casa Gentileza....! Además, Pedro ha de querer arreglarse en Madrid su *garzonera*, como ustedes le llaman..... con aquello inevitable del trofeo en la pared, y del diván ancho para fragilidades y saponcios.....

El puff! que ahogó con la servilleta Boltaña, el malicioso guiño de don Servando hacia el capellán,—el cual, impasible, ni parecía que se enterase de la libre conversación, y únicamente bajaba los ojos y comía más aprisa,—avisaron al Duque, que se dió, con chuscada mejor infantil que senil, una palmadita en los labios.

—¡Empeño de dibujar en caricatura un Pedro que no existe!—exclamó el sobrio Borromeo tomando la ampolleta, mientras los demás, excepto Mauricio, se entregaban al jamón.—Pedro es otra cosa distinta; Pedro no viene á pintar la cigüeña en Madrid, ni á armar panoplias

cursis con espadas de zinc y corazas de lata.... Quiere estudiar á España, recorrerla, registrar, como él dice, el solar de sus antepasados; no de los antepasados de su linaje, sino de los antepasados nacionales,—nuestras glorias.....—¿Á que se ríen ustedes de esto?—No esperen que se pague de futilidades y vanistorios. Le importa un rábano la vida *smart*. Otros son sus gustos, y así que venga, las primeras palabras que diga y las primeras acciones que ejecute, van á estar en abierta contradicción con lo que otros harían si se viesen en su caso. No entiende él, de seguro, las diversiones como mi hermano y mi cuñada; ni la política como usted, Tranquilo; ni los negocios como usted, Colmenar; ni siquiera los caballos como tú, Boltañita..... Ese ayo que llevó el timón de la educación de Pedro, y que aquí le pintan chiflado, era en realidad un hombre de gran mérito, religioso, ferviente, místico, artista..... Tomó á Pedro cariño entrañable, y Pedro le miró como se mira á un padre, cuando es padre del alma y del cuerpo á la vez.....

El acento estridente y punzante de Borromeo distrajo al Duque de sus delicias gastronómicas y le hizo exclamar:

—Si ese O'Neal educó mal á mi sobrino..... como ya está en el otro mundo, vaya usted á pedirle cuentas!

—A Dios las habrá rendido—contestó seriamente el giboso.

—Y si nos ha formado un Niño apestoso ó insufrible—declaró don Gaspar haciendo imper-

ceptible seña para que volviesen á pasarle la fuente del jamón — se las ajustaremos nosotros á su sombra. ¡No faltaba más! Que no nos envíe el difunto mister O'Neal un lila, que aquí ya hay bastantes..... Que nos mande un muchacho vivo, despabilado, alegre, poco gazmoño... Como el rey Alfonso, que ¡por vida de los moros! tenía más talento que todos los irlandeses juntos, y la sal de Torre vieja..... Colmenar asintió, — ¡Aquel sí! repetía, ¡aquel sí! No era para el mundo.....

IV

REGRESO DE LAS CONTRABANDISTAS

LA conmemoración del agosto muerto cerró la discusión sobre el Niño, y otra cuestión más actual volvió á agitarse. Los ojos de Mauricio seguían clavados en la esfera del reloj, y no ciertamente por admirar sus auténticas cinceladuras del Imperio. Marcaba las dos y diez y ocho..... Y Borromeo, sintiendo renovarse el prurito de atormentar, antes calmado por su efusión al hablar del primo Pedro, insinuó como al descuido:

—Pero, Mauricio, ¿qué le pasará á tu señora? ¿Rusia y otras potencias extranjeras la tendrán cautiva en Biarritz?

—No seas plomo—respondió alzando los hombros el mayor.— Ya poco tardará tu futura, tu Gelita. Nadie te la roba

—Y si alguien quisiese robármela—replicó Borromeo,—no creas que perdería horas en tirar al blanco.....—¿Sabe usted, Tranquilo, un hecho curioso? En las salas de tiro suelen com-

parar cartones..... Y el *record* pertenece, no á los galanes buscarruidos, sino á los maridos celosos.

Mauricio crispó los labios, contrajo la frente. El ataque era directo. Aun creía percibir el olorillo á pólvora quemada de que impregnan la ropa los ejercicios á que había dedicado hora y media, según reciente costumbre..... El despecho le dictó una réplica brutal.

—Estás mal informado, hermano..... Tú no sabes lo que es un marido celoso, y.... es natural que no lo sepas. ¡Si casi te sostengo que no los hay! El que lo fuese con fundamento y no hiciese lo que debe hacerse..... sería, no ya un celoso, un bellaco, ahí verás tú, nada más que un bellaco..... Esos cartones no pertenecerán á *maridos celosos*, criatura, sino á hombres prevenidos que, sin tener celos, se preparan á no consentir que los demás insinúen siquiera que los tienen.....

La copa de agua que Borrromeo alzaba se inclinó, y unas gotas cayeron sobre el mantel. Hubo en la mesa otro silencio tormentoso, difícil. Don Servando echó por los cerros de Ubeda, á trueque de variar de asunto.

—Duque, este Jerez tan fragante me parece una cara conocida..... ¡Bah! ¡Tonto de mí! Pero si debe de ser Niño de Guzmán... De las bodegas del sobrino.....

—Por cierto, y de la cosecha del año que murió el pobre Rey,.... ¡Cómo pasa el tiempo! Ya es un Jerez rancio..... No hay otro como el Niño de Guzmán, de la célebre solera *Carcamala*.....

la más veneranda de las soleras andaluzas. El Jerez acabado de fermentar y trasegado á la Carcamala, echa canas en el acto..... Esto es néctar..... Con *sherry* por el estilo Pedro, puede darse tono en Inglaterra—añadió el Duque poniendo al trasluz la copita muselina llena de líquido topacio.

Chasqueaba la lengua Tranquilo y pedía más Jerez, con la libertad propia de un almuerzo en que no había otras faldas sino las del capellán, cuando estremeció los vidrios el rodar de un coche; se oyó bullicio en el vestíbulo, taconeó fuerte en la escalera, risas en la antesala, puertas empujadas con vivacidad, y dos señoras hicieron irrupción en el comedor. Mauricio se levantó de un salto, los convidados se deshicieron en saludos y bienvenidas; Tranquilo, galante, cedió su presidencia á la más bajita de las dos damas, que vino así á quedar á la derecha de su esposo—pues las recién llegadas eran Bernarda Zárate, Condesa de Lobatilla, y Rafaela Serriñó Zurita, pupila y sobrina no muy cercana de don Gaspar—para sus amigos, Narda y Arcangelita, ó Gelita, más sucintamente.

No por tomar asiento cesó su alborozo; venían de evidente buen temple, y lo traían de fuera, como las brisas del primer mes del verano traen el olor de las abiertas flores. “¿Pero no les hacemos á ustedes tilín?” parecía decir con su actitud y sus parleros ojos claros, la rubia Narda. Antes de separarse dirigió á cada uno de los presentes una retrechería zalame-

ra, zarpadita de gata blanca de aterciopelada piel. Echó á su suegro un beso volado; hizo á don Servando un gestecillo truhanesco, remozador; sonrió, como sonreiría un camarada *en sport*, á Leoncio Boltaña; y hasta á don Domingo, el clérigo mudo, le lanzó un "felices, Padre capellán", que animó un instante vagamente aquella faz de yeso. Pero la caricia verdadera de la actitud y de la voz, la coquetería suprema, reservóla Narda ¡quién lo dudal para su marido. Halagüeña dulzura ablandaba su voz cuando susurró:

—Hola, Mauricio mío..... ¿Qué tal lo has pasado? ¡Si vieses qué mal se almuerza en Irún! Por caridad, vas á darme una tacita de te, servida por tí, azucarada por tí.....

Interrumpió este meloso cuchicheo don Gaspar, que poniéndose la diestra delante de los ojos, á guisa de pantalla, exclamó enfáticamente dirigiéndose á los dos jóvenes:

—¡Pero, micas-monas! —(solía llamarlas así).
—¡Cómo venis! Me deslumbráis.

Lucían, en efecto, aquellos trajes de exagerada elegancia con que las hemos conocido en la estación de Irún. Narda, de seda color *agua marina*, con larga estola flotante de encaje rojizo, y orlado de oleaje espumoso de plumas verdes el tocado de paja de Manila; Gelita, con su cotilla naranja bordada de turquesas y su sombrero azul, colores favorables á su trigüenía tez.

—Venimos de Carnaval—confesó Gelita.— Por eso nos refamos al subir la escalera. "¿Qué

dirán?" pensábamos nosotras. "¡Vaya un pergeño para camino!"

—Bueno dejaréis á Biarritz..... ¡Cómo tendrá el cuerpo la franchuta!

—Loca la hemos vuelto á la pobre madame Panache....—asintió Narda.— Ya no sabía cómo echarnos. Todo se le volvía: "*Donc, madame la comtesse.....*" ¿Te acuerdas, Gelita? El último día, cuando bajábamos la escalera, la oímos que decía dejándose caer en la butaca: "*Ouf! J'en ai plein le dos!*"

—Y no hay más remedio que marearla así— exclamó Gelita— porque, mientras conserva la sangre fría, no se hace carrera de ella. Esta coraza que véis..... si no son los pases de mula de Narda, me cuesta cuarenta duros más.

—Anda, que tú eres una infeliz..... O sueltas redondamente lo que te piden, ó te largas resignada, pian piano.....

—La verdad —reconoció Gelita— me cansa tanto regateo, tanta triquiñuela..... Si no fuese por los Mirovitch y los Santa Elvira, que nos acompañaron y nos llevaron en coche al Refuge, á ver las monjas cartujas..... ¡La francesa dirá que la mareábamos, pero yo traigo una jaqueca.....! Luego, venir de esta facha así, en ferrocarril..... Borromeo, hijo, ¿me prestarás una dosis de antipirina?

—¿Qué antipirina?—respondió el mal configurado, que desde la aparición de Gelita había cambiado de aspecto, y mostraba no disimulado regocijo.— Ya nadie usa eso; es muy dañoso.... Si continúa te daré otra cosa mejor, la

lactofenina.... Pero, ¿por qué os vinisteis así, de máscara?

—¡Bonita pregunta! Para aprovechar el viaje....

—¿Aprovechar? repitió Borrromeo.

—¡Qué pasmarotes! No entienden...—gorgéo alegremente Narda.

—No lo dirá usted por mí—advirtió Colmenar.—Yo soy un sabueso de la frontera, la he cruzado más veces que canas peino, y sé lo que *aprovechar* significa. Aprovechar.... es pasar por alto todo el taller de Madame Panache....!

Un guiño adorable de la Lobatilla dió la razón al exviajante en conspiraciones.

—El caso es que parecíamos mascarones.... ¡si es que no parecíamos otra cosa peor....! Nos miraban.... ¡Jesús, y cómo nos miraban! Hasta los carabineros....

La algarazara de la concurrencia, en general, se redobló con este detalle; sólo Mauricio, nervioso, atormentó su barba de seda y arrugó la frente, y Borrromeo hizo un gesto de contrariedad.

—Te acuerdas, Arcángela—prosiguió la loquilla recreándose calaverescamente en su aventura—de aquel inglesito de la estación de Irún? Vamos, que aquel.... nos tragaba con los ojos.

—Hija del alma—objetó tranquilamente Gelita—el pobre muchacho nos miraba con envidia, porque el registro le hacía perder el tren, y mientras á él le estaban armando un tinglado

de adeudo que espantaba, nosotras paseábamos nuestro contrabando y llegábamos á tiempo.... ¡Bonita idea formaría de nosotras!

—Perdió el tren porque quiso, el mentecato!

—No; seamos justos.... Por conducirse decentemente.

—Vamos, don Servando, ¿no tengo razón? Un cuitado de un inglés que se empeña en declarar nuevo lo que iba á pasar como usado!

—Merecía su suerte por badulaque el inglés—declaró risueño el personaje político.

—Pues ni era inglés—afirmó Gelita—ni le creo badulaque, con permiso de usted, don Servando.... ¿Manda ó no manda la ley que se paguen los derechos? ¿Es bonito pasar matute? No me convenzo. Yo estuve por apretarle la mano á aquel caballero cumplido y decirle: "Muy bien; si todo el mundo fuese como usted"....

—¡Adiós, Cabriñana!—dijo Narda rebotando risa.—¡Mire usted que puritanismos con el Estado! El que roba á un ladrón.... Lo que dirían los empleados al ver la terquedad del inglés: ¿te gusta pagar y perder el tren? Pues, monín, paga y pierde....

Borrromeo, entretanto, había preparado á Gelita, amén del medicamento, una taza de té, y á pretexto de que la tomase en paz, se llevó á la joven desde el comedor á la galería que dominaba el jardín y formaba una reducida estufa, sostenida por columnitas jónicas y decorada con guirnaldas de dorado laurel, palmas y rosetas egipcias. Una vez allí, puesta la

taza sobre un velador, al amparo de un ligero biombo de bambú, el segundón de Noroña aplicó un dedo sobre sus labios, y sacó del bolsillo ancha cartera, de la cartera una fotografía. Los ojos oscuros y dulces de la trigueña brillaron; sus mejillas se encendieron, su pecho se agitó.

—¿Es el retrato?

—Vaya! Por fin..... De París me lo envía, ne-
na! Y espero pronto al original! Me lo da el co-
razón..... ¿Y esa jaqueca?

Gelita avanzó, se inclinó sobre el hombro de Borromeo para mirar la tarjeta..... Un grito leve se ahogó en su garganta.....

—¡El de Irún El de la estación! ¡María Santísima!—balbuceó, aturdida de sorpresa.

—¿De veras? ¿Estás segura?—articuló Borromeo, no menos atónito.

—¡Vaya! el mismo... el mismo! Ya ves tú... ya ves si me fijé en él. ¡Es el que perdió el tren, el que nos miraba!

—¿Y te fue simpático, nenita mía.....?

Carmin más vivo tiñó las morenas mejillas, y el corazoncico, bajo la cotilla de terciopelo de bizantinos recamos, brincó un poco..... Borromeo y Arcángela permanecieron así, uno frente al otro, irradiando un mismo afán, un mismo deseo: su mutua sonrisa misteriosa fue como enérgica seña recomendando cautela suma. Gelita cogió aprisa la taza de té y se quemó con la primer cucharada....

Mientras en la galería se conspiraba, otra escena íntima y curiosa se representaba en el comedor. Los convidados, ya de pie, decididos

á fumar, dejaban solo á Mauricio, ocupado en servir á su esposa. Al principio lo hizo con material cortesía, pero con cierta bronca esquivéz; así que Bernarda, aprovechando el momento, se le acercó, rozándole casi, embriagándole con el sutil aroma de su ropa, acariciándole las sienes con el plumaje aéreo de su capotita y el imperceptible y suave flotar de sus ricillos rubios,—ligero movimiento de despecho del marido delató la victoria de la mujer. La mirada de Mauricio se enturbió; la respiración se hizo afanosa: todo indicó que actuaba el poderoso filtro. Cuando, al inclinar la tetera de plata repujada, el chorro de la cálida infusión cayó en la taza de porcelana china, los dedos del rendido Mauricio buscaron los de Narda, y eléctrico roce fijó é inmovilizó las dos palmas estrechamente unidas, como palmas de enamorados que por primera vez logran una caricia furtiva, deleitándose en prolongar el apretón, olvidándose de todo. Los rayos de las pupilas también se confundieron: el varón no se cansaba de detallar la seductora figura de la mujer, y ésta, á su vez, subyugada, se complacía en aquella notable hermosura varonil. No había ternura ni piedad en las ojeadas que se cruzaban como floretes deseosos de herir la carne; había sólo, en Narda, delectación, que por ser conyugal era lícita, y en Mauricio una especie de extravío, forma del amor violento cuando no lo sanciona el alma y cuando los celos lo encienden con su tizón infernal....

Don Servando dió un codazo á Boltaña, diciendo:—“¡Qué idilio!”—Y el hípico se encogió de hombros, con desdén de persona superior á ciertas debilidades:—“Lo de siempre... lo de siempre... Pues Mauricio estaba furioso...”

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

LA OPINIÓN DE LAS TRUFAS

AL salir del hotel Colmenar y don Servando, el político de fuste y el agente subalterno, anverso y reverso de la medalla española, comentaron á su sabor, con libertad y malicia—según piadosa costumbre social,—no sólo la actitud de la pareja Lobatilla, sino el estado presente de la egregia casa donde acababan de refocilarse. Serían próximamente las tres y media, y á tales horas, en una ciudad como San Sebastián, no es fácil encontrar empleo al tiempo; pero Tranquilo, que no olvidaba los consejos de su médico Sánchez del Abrojo y tenía particular interés en conservarse como una manzana, propuso al gentilhombre un paseito higiénico, cara á Miramar. Aceptó el palaciego, y pegaron la hebra, don Servando con optimistas apreciaciones, Colmenar con ensañamiento—lo cual se explica teniendo en cuenta que este último es dispéptico, y don Servando, con tal que la comida sea fina y selecta, goza de una beata digestión.

33697